

## UNA VISITA A BUERO VALLEJO

Escribe: LUIS NAVARRO

Si usted, que ha visto representadas o ha leído "Historia de una escalera", "En la ardiente oscuridad", "Meninas", quiere conocer a su autor, véngase conmigo. Ande, apurémonos: la cita es para la una y media y ya son las dos. Todavía estamos en Cibeles y nos queda la cuesta de Alcalá bajo la canícula madrileña de verano, porque el metro no sabemos si nos va a dejar más cerca o más lejos de nuestras señas, y el taxi... bah, sigamos subiendo, a lo mejor es a la vuelta de la primera esquina.

Puerta de Alcalá: Rege Carolo Anno... Antonio Buero Vallejo, el más vigoroso y personal dramaturgo de la España contemporánea... Estatua ecuestre de Espartero... Es de Guadalajara, —tierra del Arcipreste y latifundista—, y tiene cuarenta y seis años. Hizo pintura y ganó el Premio Lope de Vega en 1949 con la pieza "Historia de una escalera", traducida a varios idiomas y llevada al cine...

Hermanos Miralles 36. La portera, institución madrileñísima de corta y fisga, nos grita desde la puerta cuando ya estamos cerrando el ascensor: ¡Es en el sexto centro!

Usted, posiblemente, conoce el rostro de Buero Vallejo por alguna publicación. Yo me lo imagino perfil de obrero español: pelo lacio tirado hacia atrás, nariz aguileña, ojos negros. Estamos predispuestos por su fotografía y por las criaturas de sus obras cuando tocamos el timbre. Pero ya está aquí. En efecto, es como nos lo imaginamos, solo que su "vividura" no cumple con nuestra predisposición: con reserva oriental, lento y estrictamente amable, nos invita al diálogo.

La sala donde nos recibe, su bufete para la máquina teatral, es pequeño y burgués. En los estantes de la biblioteca, en el lugar más visible, una excelente fotografía de García Lorca, de expresión descansada, redonda. Una ventana de patio interior pone ambiente de clara penumbra al gesto parco de Buero Vallejo.

Se prende un cigarrillo, se aproxima un cenicero, se nombra a Calderón, a Ibsen, a Fabri, a Brecht, a la vanguardia de París y al panoramama actual del teatro español.

Habla Buero y hace constar, cuando no son originales, las fuentes de su pensamiento teatral:

—En Calderón prevalecen dos formas de expresión dramática: el símbolo y la alegoría. El símbolo adquiere mayor valor y validez dramática porque la situación o el personaje simbólico es único e irrepetible a diferencia del alegórico. En principio, el tratamiento alegórico no es válido para la escena. Si Calderón, no obstante, consigue con la alegoría hacer buen teatro y darle categoría artística, la razón es excepcional en virtud de su talento creador. Es una causa subjetiva. De cualquier modo, el Calderón de los Autos Sacramentales no es el Calderón superior de “La vida es sueño”.

—Este modo de enfocar el tratamiento dramático —sigue Buero— podría servir para Brecht. Cuando Brecht hace teatro pedagógico —él mismo ha reunido varias obras bajo el título de “Piezas didácticas”— se está apoyando en una manera falsa de hacer teatro, según mi parecer, y el resultado es inferior como ciencia y arte dramático. En cambio, cuando la intención del dramaturgo es eminentemente creadora y la realidad no se encuentra desvirtualizada por la defensa de una causa —la apoteosis religiosa en Calderón, el triunfo político en Brecht— el teatro apunta con mayor calidad y fuerza verdadera. Es el caso de “El Alma Buena de Se-Chuan”, “El círculo de tiza caucasiano”, “Madre coraje”, etc.

—¿Cree usted que Ibsen representa el valor que se le viene acreditando hasta ahora?

Buero Vallejo, sereno y reconcentrado, que hasta aquí saca voz monótona de letanía y apenas usa la mano al expresarse, se exalta de improviso: ¡Ibsen! Ibsen es una de las más altas divinidades del firmamento dramático. Lo que acaso sucede es que su léxico se nos ofrece hoy algo anticuado, por su proximidad en el tiempo justamente.

Se roza la palabra “proceso” y cae el italiano Fabri en la palestra de nuestra conversación. No se mantiene más que unos segundos: el veredicto respecto a “Proceso a Jesús” es unánime. Aquí, dice Buero, hubo sin embargo una gran polémica sobre la corrección gramatical del título. Se debería decir “Proceso de Jesús”, por lógica sintáctica. Pero este no es un asunto de importancia y creo que se tomó un poco el rábano por las hojas al dedicarle tanta tinta defensores y detractores.

Le instamos a que dé nombres de su consideración en la escena española y, sin titubeos, nos señala a Miguel Mihura, el aplaudido autor de “Tres sombreros de copa”. Después nos habla de valores jóvenes: Fernando Arrabal —que hace ya tiempo reside en París y “hemos perdido para el teatro nacional”; Carlitos Muñiz— que ha sido presentado en el Festival de las Naciones de París, paradójicamente por la representación portuguesa; Lauro Olmo, cuya pieza “La Camisa” acaba de ser estrenada por un teatro de cámara y ha despertado mucho interés. (Pienso referirme a esta obra en un próximo artículo).

Hay un punto neurálgico en el diálogo cuando abocamos al teatro “d'avant garde”. Buero Vallejo, realista cien por cien, humanista y sincero, nos aclara en seguida. No, mire usted: lo que se hace en París actualmente no despierta ningún proselitismo entre los autores españoles.

Son medios diferentes. El absurdo como elemento de expresión tetral aquí no interesa.

Pienso inmediatamente en el arte plástico que tan fructíferamente prospera y gana adeptos para la corriente informal dentro de España: la escuela de Barcelona con el pionero Tapiés y sus epígonos, incondicionales de "lo distinto" y "epatant"; las salas "chic" de Madrid, Barcelona y bastantes capitales de provincia luciendo su más encantadora muestra de arte "difícil"; los profundos galimatías de los cerebros críticos comprometidos; y, en fin, me acuerdo de las sonrisas Colgate ante las manifestaciones del arte realista, fácil, pobre, retrógrado...

—En teatro no valen subterfugios, continúa Buero; hay que decir con figuras de carne sobre un asunto de carne para un público de carne. El autor, el buen autor dramático, no está jugando con muñecos de guiñol para niños. En todo caso, yo estoy hablando de la actitud de los autores españoles a este respecto. Es demasiado fuerte la tradición realista de nuestra literatura dramática.

Nos fijamos en dos dibujos que adornan una pared de la sala y el ex-pintor Buero Vallejo nos explica: —Son míos; hace mucho tiempo que no hago nada de eso ("eso" es lo plástico). Al principio, la pintura fue una auténtica obsesión para mí. Es curioso el número de escritores de teatro que han empezado por la pintura.

—¿Qué les dice el autor Buero Vallejo a los que comienzan a escribir para el teatro?

—Pues, mire, yo solo "digo" sobre las obras que me traen, pero los que me las traen quieren que "diga" sobre ellos. Mi respuesta es siempre la misma: "¿Qué quiere usted? ¿Que le pronostique su porvenir? Porque en nuestro mundo del arte no es posible el pronóstico académico. En el teatro específicamente, todo es imprevisible. Una obra se patea hoy y mañana triunfa en forma apoteósica, o se divide del modo más antagónico entre crítica y público. He visto jóvenes de indudable talento caer en la nada y desaparecer; hoy veo gente, cuyos principios fueron irrisorios, con obra de verdadera valor. Las causas, ya es otra cosa; pero eso es materia del sicólogo, no del profesional.

Se ha ido perdiendo poco a poco la formalidad anterior, de cigarrillo en cigarrillo el diálogo cobra color y espontaneidad. Salen las rotundas exclamaciones castellanas. El Buero Vallejo físico se armoniza más con el Buero Vallejo psicológico que imaginamos. Ya no somos "el respetable".

Las medias horas se han ido deslizado de la mano y ya han dejado atrás la hora de la comida. Por la puerta entreabierta a nuestra espalda asoma la cabeza de una mujer joven, menuda, de ojos expresivos, y un niño de cuatro años llega trastabilleando hasta nosotros; señalando su bracito nos dice: "me lastimé ne bacón". Parece el principito de Saint Exupery. Buero Vallejo, padre, se sonríe y nos presenta a su mujer. No nos queda más remedio que pedir disculpas a la dueña de casa: hace rato que dieron las tres y media.